

La dama y él

Todo comenzó una mañana de Diciembre. El viento gruñía en lo alto avisando la llegada una gran tormenta. Los ciudadanos de aquella pequeña ciudad se refugiaban en sus casas, encendían la leña y cantaban villancicos para evitar que los truenos asustaran a los más pequeños del hogar.

En cierta mansión se celebraba una hermosa noticia. La hija mayor de la familia Guanipa se casaba. Tanto el orgulloso padre como la dichosa madre esperaban el regreso de la pareja con el fin de brindar con un buen vino y comer hasta que el botón del pantalón no cerrara.

La criada avisó la llegada de los susodichos con una amplia sonrisa y las mejillas levemente sonrosadas. Aquel pequeño gesto atrajo la atención de la madre ya que si su sirvienta se sonrojaba quedaba bien claro que su futuro yerno sería un galán. Yajaira- la hija- no se había dignado a ofrecer información a la familia sobre su prometido y mucho menos enviar una foto para contemplarlo. Así que la llegada de ambos sería una gran sorpresa.

La puerta del salón se abrió y bajo el marco con muérdago la feliz pareja se besó en los labios. Como decía la tradición "Si te encuentras con un muérdago debes besarte con la persona de tu lado" y ambos la cumplieron sin ningún pudor.

Yajaira era bella y con rasgos adultos a pesar de su juventud. Su larga melena oscura caía por sus hombros. Un vestido de encaje gris se ajustaba a su esbelta figura haciendo que sus pequeños senos resaltaran. A su lado el joven Carlos Enrique. Era alto, delgado con ancha espalda y unos pequeños y claros ojos. Su gran mano sujetaba la de su hija haciendo que su amor fuera más visual.

- ¡Bienvenida hermana!- gritaron Luzmabel y Griselda, las dos hermanas menores.- ¿Cómo estás?- sin esperar el permiso de su hermana se adelantaron a estrechar la mano de Carlos Enrique.

- Es un placer conoceros al fin,- exclamó él con una amable sonrisa cruzando su rostro.- Yajaira no ha parado de hablar sobre ustedes.

Se sentaron en el sofá delante de los ojos escrutadores de sus padres. Después de un largo relato de cómo se conocieron, dónde y cuándo, ella sujetó la mano de él deseando que aceptaran su compromiso. Carlos Enrique era un caballero de poco dinero pero con un gran corazón, amable y tierno. Su familia poseía una pequeña granja lejos del pueblo. Él era carpintero y tenía un gran amor por el arte. Ambos se conocieron en un recital que organizaban el gobierno cada año antes de navidad.

Al terminar de relatar la historia, Yajaira miró a sus padres, esperando su aprobación. Carmen Teresa suspiró, frunció el ceño y disimulando sus pensamientos se levantó observando a su marido y sin dirigir ninguna palabra a la joven pareja, se disculpó alegando un leve dolor de cabeza.

- ¿Papá?- susurró ella.

- Tranquila hija- habló con calma sin apartar los ojos de su hija. - Y cuéntame... ¿Para cuando planean la boda?

Tan sólo con esa pregunta la feliz pareja rompió en un grito de júbilo. Se abrazaron y besaron hasta quedar exhaustos y avergonzados.

Habían pasado dos largas y silenciosas semanas y Carmen Teresa no se había dignado a hablar con su hija ni su futuro yerno. Se había encerrado en su habitación contemplando una foto de su primogénita. No podía creer que después de todos sus esfuerzos su hija se casara con alguien como ese tipo. Era imposible tolerar la falta de tacto por parte de ella. ¿Cuántas fiestas había celebrado para que conociera al hombre adecuado? Ya sabía que ese extraño amor por la música la llevaría al infierno...

Suspiró y guardó en un cajón la imagen que siempre tenía en su cómoda. No podía ver la foto sin sufrir dolor. Antes de acostarse en su cama observó la gran habitación. En esos tiempos fríos se arrepentía de que su marido durmiera en otra estancia.

Envuelta en sus pensamientos no escuchó los pasos de alguien en el pasillo hasta que un fuerte golpe de nudillos golpearon la puerta. Se secó las lágrimas que habían salido de sus ojos. Se arregló el cabello, tapó las ojeras con crema y se levantó para ver quién molestaba a esas altas horas de la noche. Abrió la puerta y ahí estaba la encarnación del mismo demonio.

Enrique la miraba con esos pequeños y claros ojos, escrutando el corazón de ella hasta sentirse totalmente desprotegida.

- ¿Qué desea?- preguntó con frialdad y dio la vuelta hasta sentarse en un pequeño sillón.

- Quisiera hablar con usted...-ella asintió esperando.- Su hija esta afligida por la ausencia de sus palabras.

- ¿Y?- hundió los hombros y se miró las manos que comenzaban a arrugarse. La edad no perdonaba a nadie.

- Esperaba que pudiera hablar con ella y darle su consentimiento.

Levantó la vista de sus arrugadas manos para clavárselas a él. Esperaba que Carlos Enrique bajara la mirada pero en vez de eso siguió contemplándola. Escrutando cada rincón de su mirada.

Enojada por esas confianzas le pidió que saliera de la habitación. Él se mostró reacio a marcharse pero un fría mirada de ella bastó para que se resignara. Mientras caminaba con pasos pesados a la habitación de su amada recordó aquella extraña mirada de odio que siempre mantenía la señora Carmen Teresa. A lo mejor fue su orgullo de hombre afectado, no lo entendió por completo, pero se juró hacer que sonriera al menos una vez.

Cada noche cuando el reloj marcaba las doce en punto y resonaba por toda la casa, Carlos Enrique abandonaba el lecho junto a su mujer para pasearse entre los pasillos de la gran mansión hasta llegar a la habitación de su futura suegra. Según la servidumbre ella paseaba por los pasillos con una antorcha y velaba la habitación de sus hijas.

Se detuvo en la puerta de Carmen Teresa y tocó, ella dejó escapar un jadeo y se levantó de la cama para buscar una bata y cubrir su ropa de dormir. Él pegó el oído a la

puerta y escuchó como la bata de seda cubría los brazos delgados de ella. Trago saliva totalmente extrañado y algo excitado.

Con el corazón palpitante en su pecho entró a la habitación para encontrarla sentada en el sillón con las piernas cruzadas y una severa mirada. Esa noche sería igual de fría e hiriente como todas. La aguja del reloj seguía avanzando mientras ambos se miraban a los ojos, esperando que el otro cediera y se rindiera ante su oponente.

El tiempo transcurría de una forma lenta y pesada para dos miembros de la familia. Ninguno de los dos se dignaba a mirar al otro hasta cierta hora de la noche, cuando se encontraban fielmente en aquella habitación. Sólo era silencio y cada uno tenía en su mente una idea distinta, pero así pasaban horas hasta que él abandonaba la estancia cansado y prometía volver hasta que ella cediera.

Los planes de boda seguían avanzando, el jardín se iba preparando poco a poco y la fecha se iba acercando y aún sin la bendición materna. Por esa razón las visitas de Carlos Enrique se hacían en horas más tempranas, la presionaba con su presencia delante de otras personas y nuevamente solos en la noche, en aquella habitación...

Para desgracia de Carmen Teresa el jardín lucía hermoso, desde la amplia vista de su balcón observaba como uno de los criados extendía una alfombra roja sobre el césped y esta llegaba hasta la tarima blanca que habían colocado para la ceremonia. En el ensayo de la boda, testaruda intentó mantener la mirada lo más lejos de su hija que comenzaba a pasar a su lado por la alfombra roja. Vencida por la curiosidad bajó la vista hasta Yajaira. Intentó concentrarse sólo en ella pero unos ojos azules le capturaron. Carlos Enrique la miraba con el ceño fruncido. Sus miradas se encontraron y en ese mismo instante el brazo que rodeaba la cintura de Yajaira se ciñó con más fuerza. Dando a entender que seguiría luchando. Aquel gesto causó que su ira se hiciera más palpable. Giró la cabeza obstinada y volvió a entrar a la habitación. No iba a permitir que ese hombre se casara con su hija. Nunca.

Como cada noche, se miraba en su tocador, inspeccionaba sus arrugas y aplicaba un poco de crema para cuidar su cutis. Inconscientemente miró al reloj de la pared y su corazón palpó en su cansado y viejo pecho. Aún prestando atención a las agujas del reloj sus labios se curvaron en una sonrisa sabiendo que el joven caballero vendría a visitarla.

Envuelta en un paréntesis comenzó a coquetear con el espejo ignorando que en el pasillo alguien corría. Su burbuja explotó cuando la puerta se abrió de golpe...

Yajaira empujó la puerta haciendo que esta temblara contra la pared y logrando toda la atención de su madre. Carmen Teresa miró atónita a su hija, sabedora que ese comportamiento era inusual en ella. No fue tarde cuando se dio cuenta que el rostro de la muchacha estaba bañado de lágrimas y en segundos supuso a que se debía aquel llanto. Inmediatamente recordó su antiguo pensamiento y afligida abrazó a su hija. ¿Qué le había pasado?, ¿Qué tenía ese tipo?

Entre sus brazos sostuvo la espalda temblorosa de ella, y espero a que terminara de llorar para que se explicara. Por primera vez después del mes transcurrido comprendió que de verdad Yajaira amaba a Carlos Enrique. Un nudo se formó en su garganta y

quiso darle la bendición pero algo se lo impedía. Espero en silencio a que ella dejara de hablar, que se desahogara y así poder quedarse sola con sus oscuros pensamientos. Cuando se marchó cerrando la puerta tras de sí se miró en el espejo. Sus mejillas habían perdido el rubor, sus ojos no tenían ningún brillo todo se había perdido bajo su frío rostro. Su hija le había suplicado la bendición para la boda.

Las agujas del reloj marcaban una hora diferente, pero aún así el caballero apareció, dispuesto a rogar una vez más. Carlos Enrique seguía insistente y aquello le irritaba, por mucho dolor que su hija sintiera no cambiaría de opinión, él no la merecía. Dejó que el hombre hablara tanto como quisiera, cuando se hartó de escucharle le pidió que se marchara. A partir de ese día sería mucho más cruel con él y no dejaría que se llevara a su hija.

La familia no se podía sentar junta en la mesa y mantener un momento de silencio ya que continuamente Carmen Teresa insultaba de mil maneras posibles al prometido de su hija. Gerardo - el padre de Yajaira - conocía el carácter de ella, pero había notado un profundo cambio efectuado en su tono de voz y sus mordaces palabras. No tenía piedad.

Los ataques duraban horas incluso días. El pobre hombre había abandonado la idea de acudir cada noche a la habitación para suplicar y eso la afectaba incluso más que el propio motivo de la visita.

La noche estaba muy oscura y muy silenciosa a pesar de que habían invitados. La boda se celebraría en la tarde del día siguiente y la casa se había llenado de vida. La pareja descansaba en sus aposentos mirando una maleta llena de ropa. Yajaira contempló una vez más el jardín decorado. Miró a Carlos Enrique con súplica, pero el rostro de él se veía ojeroso, pálido y triste, aunque su sonrisa se mantuviera fuertemente abierta en sus labios. Habían abandonado la mesa más temprano de lo inusual para dejar todo arreglado. Se marchaban y no había vuelta atrás.

Esperaron que los invitados se fueran a sus respectivas habitaciones, que la servidumbre abandonara sus labores y sus parientes roncaran en sus lechos para abandonar la mansión en silencio. Huían. La puerta crujió al abrirse pero no se efectuó ningún cambio. La pareja miró hacia atrás deseando que todo fuera diferente.

Antes de que el sol saliera una de las criadas se había dado cuenta de la ausencia de la pareja. Comunicó la situación al cabeza de familia y se pusieron en marcha para buscar a los desaparecidos. Pasaron horas de angustia hasta recibir una noticia algo alentadora. Un campesino los había visto marchar a ambos, de prisa. Le informó a la afligida familia que Yajaira le había dejado un pequeño mensaje; volvería pero no sabía cuando.

Y así pasaron varios años hasta saber de ellos. Los fugitivos regresaron al hogar con una criatura. Un niño de apenas dos semanas de nacido. Los padres orgullosos presentaron al pequeño Adolfo Miguel a sus abuelos. Aquel bebé hizo flaquear el corazón orgulloso de Carmen Teresa y por primera vez después de mucho tiempo observó a Carlos Enrique con ojos emocionados.

Un respiro de paz se mantuvo en casa hasta que Adolfo Miguel comenzó a dar sus primeros pasos, pronto llegó otra noticia, una nueva criatura venía en camino. Esta vez una niña.

Ana Teresa era pequeña, de tez pálida y unos ojos grandes de color azul. La alegría de los padres no se convertía en palabras, se desbordaba en lágrimas emocionadas. La abuela quería ver a su nueva nieta, pero al sostenerla en brazos recordó aquello que había odiado de su padre. Ana Teresa tenía aquella mirada que tanto despreciaba, sus mismos ojos, y la guerra volvió a comenzar.

Cuando Yajaira pudo levantarse de cama y al observar que la lucha silenciosa había vuelto intento tranquilizar a su madre con una breve noticia...

- Nos vamos a separar...-susurró sin mucho interés mientras amamantaba a la pequeña.

- ¿Dónde?- preguntó frívola.- No quiero que sea aquí – espetó con dureza. Yajaira conocía a su madre y sabía lo que suponía un divorcio para su estatus social.

- No estamos casados...-le tranquilizó.

La pequeña información resonó por su cerebro una y otra vez mientras una leve idea tomaba forma; había vencido. No tendría que verlo más. Intentó sonreír cuando un sonoro llanto la distrajo de sus cavilaciones. Ana Teresa lloraba en los brazos de Yajaira. Observó a la bebé de ojos azules intensos. Minutos después Adolfo apareció corriendo mientras huía de su padre que sostenía una chaqueta. Frunció el ceño al comprender que aquello que había visualizado jamás se cumpliría...

Carlos Enrique y Yajaira tenían hijos y por lo tanto estaría en contacto con ellos por mucho que se separara de Yajaira. Enojada se levantó del asiento haciendo ruido. Los dos adultos la miraron pero ella soló levantó la cabeza altiva y envió una mirada colérica al padre que se quedaba quieto y helado sosteniendo a su hijo en brazos.

Pasarían días, meses o años pero aquél sentimiento jamás disminuiría. Seguiría atacando hasta que no le quedaran fuerzas. Y por mucho que quisiera ocultárselo... sabía que detrás de todo ese odio estaba oculto el amor.